

Antropología del Fracaso

El pobre diablo no tenía todavía su televisor en color, ni su video, ni buena parte de esa colección interminable de aparatos que se lanzan cada día al mercado y que hay que comprar y ostentar, so pena de sentirse sumido en la más desolada frustración. El consumismo, aunque se haya atenuado en este concreto instante de crisis, no es ya siquiera la posibilidad de proporcionarse lo que uno desea, sino la necesidad social de obtener todo aquello que demuestre que ese uno en cuestión está **colocado** y va ya camino de **ganador**. De nada sirve el encogimiento de hombros y el no desear más que lo realmente útil o lo básicamente apetecible. Hay que tener. Y demostrarlo. De lo contrario, ante el mundo circundante, uno es un fracasado.

De acuerdo: acabo de decir la perogrullada de turno, en la que han incidido, antes que yo, cientos de miles de personas con mayor audiencia y en mejor oportunidad. Sin embargo, a) no ha servido de nada el aviso y millones de ciudadanos han seguido empeñados en endeudarse hasta las cejas para adquirir el segundo coche, el equipo sonoro más caro o el apartamento en la sierra; y b) ha surgido, con la crisis de los últimos años, un factor que significa, fundamentalmente, la vuelta a la diferenciación social, después de un tiempo de «vacas gordas» en el que ¡horror! las apariencias confundían a los auténticos ganadores con los efímeros recién llegados al status requerido.

Ahora hay, por un lado, un porcentaje de parados alarmante, según la opinión de los mismos que han contribuido a provocar el paro. Por otro, una masa informe de

ciudadanos empeñados en la pura supervivencia. Finalmente, una minoría de ganadores a quienes la crisis ha logrado diferenciar, de modo que resulta ya relativamente fácil apostar por ellos. Insensiblemente, la crisis económica, transformada en crisis social y hasta religiosa, rompe nuestras vagas ideas democráticas de igualdad y establece un nuevo sistema de castas, en el cual esos presuntos ganadores van siendo atraídos por la cúspide, examinados y analizados célula a célula y, eventualmente, si la prueba resulta positiva, ensalzados a una posición de **poder delegado** en el que actúan como buco emisarios de la entidad anónima –o inominada– que decide desde la cúspide el destino de los seres humanos y su función, al margen de sus deseos y de sus esperanzas.

De pronto, sin solución de continuidad, se han alterado los esquemas éticos que rigieron el comportamiento durante milenios. El ideal del ser humano no es ya el de una vida más o menos acorde con principios florales de **cualquier tipo**, sino la disyuntiva entre vencer o fracasar, entre contar o ser contado, entre mandar o plegarse definitivamente a una obediencia de paria que marcará, como en las viejas y reactualizadas Escrituras, el hombre «y a sus hijos y a los hijos de sus hijos» en una clara divisoria discriminadora de posibilidades, de oportunidades y hasta de derechos de supervivencia.

Yo he tenido noticia directa de sociedades con claras implicaciones mesiánicas que organizan periódicamente cursos y cursillos de formación de ejecutivos, a precios netamente discriminatorios y

prohibitivos y con la diáfana intención de atraer ideológicamente –y yo me atrevería a decir incluso que **religiosamente**– a aquellos que muestran mejor disposición para formar parte de una entelequica y discriminadora casta dominante que, en pocos años, podría convertirse en dueña de una sociedad de fracasados dispuestos a admitir las directrices salvíficas que se les marcasen. Yo he visto los libros editados por esa sociedad a precios prohibitivos, destinados a crear toda una teogonía manipuladora para uso de ejecutivos que, sobre sus supuestos conocimientos estrictamente técnicos, aprenden en el seno de la secta toda una serie de métodos que van de la meditación trascendental a la adquisición de supuestos poderes paranormales que, naturalmente, permitirían una clarísima preponderancia sobre la masa ansiosa de soluciones mesiánicas de los fracasados, de los no elegidos.

El truco consiste en jugar una doble partida manipuladora. Por un lado, mediante la creación de una masa con claro complejo de fracaso, lista para el servicio incondicional en cuanto se le creen los debidos reflejos de obediencia. Por otro, la fabricación de cuadros dispuestos a dirigir la vida y las apetencias consumistas de esa masa, con su ejemplo y con su poder. Por encima de todo, recogiendo el tributo y repartiéndolo en prebendas, la entidad inominada, organizadora de la nueva fe, con un control total sobre la humanidad y sobre sus fuentes vitales de subsistencia. A fin de cuentas, la eliminación simple y pura de la libertad humana para elegir su camino evolutivo.

Juan G. Aienza